

Cállate

Sería de ilusos suponer que el señor que se ha colado delante de mí no es consciente de su falta. Es un centro médico y la edad del maleducado ronda los chorrocientos años. Hace calor, y cada minuto de reloj es un año de existencia. Soy una persona comprensiva, pero los callos de las manos que soportan mis muletas, no. «Mantente al margen —me digo— no tienes prisa—». Sin embargo mi corazón presume de vitalidad y el resto de mi cuerpo comienza a arder de irritación. Mi dedo índice comienza a batallar por un doble toquecito en su petulante hombro derecho.

—Disculpe caballero...señor...sin que le sirva de molestia...

Puede que yo sea invisible, pero el grito que voy a concebir le hará descubrir el complejo mundo del lenguaje de signos.